

HISTORIOGRAFÍAS, INDEPENDENCIAS E INSTITUCIONES EN LA NUEVA GRANADA. UNA REFLEXIÓN PRELIMINAR

Jaime Eduardo Londoño Motta¹



Los bicentenarios fueron diseñados en su origen como una conmemoración de la libertad política alcanzada en los campos de batalla [...], un reconocimiento de la esencialidad del modelo liberal del Estado moderno y una reclamación de la necesidad de potenciar los sentimientos nacionalistas (considerados en peligro ante los embates de la globalización). No obstante, la dureza de la crisis financiera internacional [...] hizo que ante las resquebrajaduras del modelo de desarrollo existente (político, económico, social, cultural) surgieran voces que se preguntaran hasta qué punto la libertad política alcanzada tras las guerras de independencia logró transformar las dinámicas plurales de las sociedades estamentales del Antiguo Régimen en verdaderas naciones con sentimientos unitarios y economías integradas. El análisis histórico de la independencia cobró nueva importancia [...] y los bicentenarios acabaron convirtiéndose (por ventura para el medio académico) en espacios de reflexión en vez de meros actos patrióticos conmemorativos cargados a menudo de una combinación de orgullos nacionalistas con ocultos complejos de culpa.

Pedro Pérez Herrero, 2010

En su apología por la historia, meditación escrita en un campo de concentración durante la II Guerra Mundial, Marc Bloch dedicó algunas de sus reflexiones al uso y sentido de la historia para los hombres y mujeres de su tiempo. Una de sus aseveraciones aún tiene vigencia: para este historiador francés, cada “vez que nuestras estrictas sociedades, que se hallan en perpetua crisis de crecimiento, se ponen a dudar de sí mismas, se las ve preguntarse si han tenido razón al interrogar a su pasado o si lo han interrogado bien”².

Las conmemoraciones son una coyuntura en la que intelectuales, políticos, líderes de opinión, ciudadanos, periodistas, empresarios, etc., se interrogan sobre el pasado e intentan delinear el futuro. Para Gianpasquale Santomassimo, lo que se pone en juego con sus intervenciones es el uso público de la historia, la construcción de la memoria pública, en la que los historiadores son un actor más, junto a otros protagonistas con mayor poder, los políticos y los medios masivos de comunicación³.

La INDEPENDENCIA, con mayúscula, figura en las representaciones sociales de la mayoría de colombianos en calidad de mito fundador de la nación. Esta imagen –asociada a historia patria– es construcción de la Academia Colombiana de Historia y de la incidencia de esta entidad en la educación primaria y secundaria durante gran parte del siglo XX. A pesar de los desarrollos de la historiografía profesional en Colombia, y de la configuración de nuevas interpretaciones referidas a la emancipación de la dominación española, la historia patria, con sus héroes, batallas y grandes gestas, sigue reinando entre los colombianos. El Bicentenario es una de las coyunturas privilegiadas para preguntarse por la forma en que se ha interrogado al pasado; la pregunta ha sido planteada, las respuestas han sido múltiples, han sido plasmadas por los entes oficiales y privados en una serie de actividades que comprenden: actos conmemorativos, concursos, discursos, columnas de prensa, novelas en un canal de la televisión nacional, programas de radios, reedición de obras conside-

radas clásicas, grafitis, pintas y estenciles en las paredes de muchas ciudades del país, escritos en medios de comunicación alternativos, eventos académicos de diverso orden y un sinnúmero de artículos en revistas especializadas y de libros de historiadores profesionales.

En este listado, que con seguridad es incompleto, pueden identificarse tres posiciones: la primera, recupera, recrea y resignifica la versión de la historia patria; la segunda, cuestiona la INDEPENDENCIA como acto fundador de la nación colombiana y rechaza todos los rituales de celebración. Finalmente, la tercera es ambigua. En ella figuran los historiadores profesionales cuyo propósito es meramente académico, analizan el proceso de ruptura de la dominación española sin establecer relación alguna con el presente; en otros casos, combinan propósitos académicos con políticos; también encontramos intelectuales y líderes de opinión que recogen la producción académica para plantear sus respuestas. Con pocas excepciones, el pasado –los procesos sociales ocurridos en el tiempo– es interpretado en función de lo que Reinhart Koselleck denomina un presente futuro⁴. Se trata de un presente determinado por una promesa incumplida, resultado de la emancipación de la dominación española y de la construcción poscolonial del estado nación colombiano que no ha generado una sociedad cohesionada a partir de altos niveles de calidad de vida, equidad, reconocimiento, justicia, etc. –los colombianos son violentos, corruptos e indisciplinados socialmente, por solo mencionar algunos calificativos. El presente es futuro ya que los procesos sociales que pueden ocurrir en el tiempo venidero son pensados en términos ideales, para superar los factores o anomías sociales que aquejan a la nación colombiana y “disfrutar” de un estado de bienestar nunca visto en el país.

La cuestión de las posiciones menos académicas y más políticas es la de reducir la INDEPENDENCIA a una serie de acontecimientos –20 de julio de 1810, batalla del Pantano de Vargas, 7 de agosto de 1819, batalla de Boyacá, patria Boba, congreso de Angostura,

fechas de promulgación de constituciones, etc.—, perspectiva historicista cuyo legado recibieron los colombianos de la Academia Colombiana de Historia, desconociendo la multiplicidad de factores que operan en el proceso de emancipación de la dominación española y la producción historiográfica sobre esta problemática.

Difícilmente, en la década que resta de la conmemoración del Bicentenario, pueda superarse la concepción de lo histórico que subyace en estos puntos de vista; sus defensores actúan en una perspectiva de presente futuro, en la defensa de sus intereses, explícita e implícitamente, terminan moldeando la memoria pública. Quizás, el único camino es una participación más activa y crítica de los historiadores profesionales e intelectuales más progresistas del país en los actos conmemorativos de los doscientos años de las independencias; no obstante, esto no es garantía para ponerle punto final al reinado de la historia patria—sus mecanismos de reproducción y perpetuación son más complejos de lo que usualmente se cree.

Paradójicamente, en el ámbito de la historiografía profesional colombiana, las historias patrias han sido superadas, pero aún no tenemos balances significativos sobre la pertinencia académica de los libros y artículos publicados en torno a la emancipación de la dominación española. En Colombia el análisis de las independencias es una de las historiografías sectoriales más dinámicas. Como es usual, en los momentos de efervescencia académica los historiadores reflexionan poco sobre su quehacer; esta es una tarea pendiente para los representantes de Clío en el país.

La reflexión que presentamos a continuación está inscrita en este contexto, hace parte de las publicaciones que circulan en torno a la conmemoración del Bicentenario y pretende efectuar un aporte al estudio de las independencias. Su objetivo es llamar la atención sobre algunas problemáticas derivadas de la ausencia de diálogos académicos entre dos enfoques teóricos y metodológicos que se ocupan del estudio del proceso de emancipación de la Nueva Granada de la dominación española. Nos referimos a lo que se ha etiquetado como las *nuevas* historiografías: de una lado, *la política*, y del otro, *la económica e institucional*.

Para alcanzar este propósito hemos dividido el escrito en cuatro partes. Las dos primeras están dedicadas a realizar, en una perspectiva historiográfica, visiones de conjunto, tanto de los estudios que se han ocupado de las independencias como los de la Nueva Historia Económica e Institucional; en la tercera, incluimos unas “observaciones generales”. Estas toman la forma de un contrapunteo entre algunas de las características generales de los trabajos abordados, que sirven para identificar la ausencia de diálogos fluidos entre los académicos colombianos en torno al problema de la emancipación de la dominación española. En ningún momento queremos efectuar un balance o estado de la cuestión referido a estos estudios, esta tarea obedece a otro tipo de iniciativas. En la cuarta parte, buscamos tentativamente algunos ejes problemáticos que puedan facilitar el diálogo entre estos enfoques conceptuales y propuestas metodológicas. Queremos subrayar que estos ejes son posibilidades a explorar en el futuro, no son problemáticas acotadas definitivamente. Son objetos de estudio en construcción. Por este motivo, decidimos no realizar conclusiones, considerando que están contenidas y se desprenden de las afirmaciones desarrolladas a lo largo del trabajo.

I. De la independencia a las independencias: una visión de conjunto

Fernand Braudel define el acontecimiento como explosivo, detonante; echa “tanto humo que llena la conciencia de los contemporáneos; pero apenas dura, apenas se advierte su llama [...] el tiempo corto, medida de los individuos, de la vida cotidiana, de nuestras ilusiones, de nuestras rápidas tomas de conciencia; el tiempo por excelencia del cronista, del periodista”⁵. Lo relaciona con lo que Paul Lacombe denominó historiografía de los acontecimientos o episódica; se trata de una temporalidad asociada por la mayoría de las generaciones

del círculo de historiadores franceses de *Annales* a la historiografía política, específicamente a las perspectivas epistemológicas derivadas del historicismo alemán. Como alternativa propusieron un nuevo quehacer para los historiadores, un enfoque más estructural: la historia económica y social, que pretendía abarcar la totalidad de las esferas del mundo social.

En Colombia y en América Latina la historia episódica y su énfasis en el estudio del proceso de independencia ha sido asociado a lo que Mónica Quijada denomina el modelo interpretativo *institucionalista*⁶. Su configuración empieza con las interpretaciones iniciales de los patriotas y se fragua definitivamente en los siglos XIX y XX con las obras de las academias nacionales de historia. Este modelo ha sido dominante durante más de un siglo y ha servido como base de la construcción de la memoria pública de los estados nacionales latinoamericanos, constituyendo lo que Germán Colmenares ha denominado una “prisión historiográfica”⁷. La ruptura con esta interpretación—denominada por el historiador mexicano Luis González como la “historia de bronce”⁸—, se inicia con los procesos de institucionalización de la historiografía profesional; los nuevos historiadores cuestionaron el “relato canónico”, el “consenso historiográfico”, la “versión hegemónica” de la historia patria, que asociaba la construcción de la nación a la gesta de independencia, al enfrentamiento de dos bandos, los patriotas contra los realistas, disputa que tenían—en muchos relatos— en las revueltas anti fiscales de finales del siglo XVIII uno de sus hitos iniciales. La función de esta perspectiva no era muy distinta a la del siglo XIX:

1. Consagrar la “independencia como un acto históricamente necesario e inevitable”;
2. Garantizar “la condición legal de los desarrollos institucionales a que aquella diera lugar”;
3. Sentar “las bases para el reconocimiento de la existencia de identidades nacionales predeterminadas”⁹.

Las críticas de los historiadores profesionales al “relato canónico” de la independencia es una de las bases para la configuración del segundo modelo interpretativo propuesto por Mónica Quijada, autora que lo denomina como *materialista* y considera que a partir de él se construye una historia social de la independencia. Temporalmente se puede ubicar en las décadas de los años setenta, ochenta y parte de los noventa del siglo pasado. Sus cuestionamientos se focalizaban en la relación establecida en la tríada nación/pueblo- héroes-guerras de independencia¹⁰ y en la tesis o idea central que la articulaba: la independencia sería una “reacción lógica surgida de los sentimientos nacionalistas que se habrían ido configurando de forma progresiva a lo largo del período colonial [...]; *la nación habría precedido al Estado [...]*”. Quedaría asumida “la preexistencia de una comunidad identitaria que habría preparado la ruptura entre la metrópoli y las colonias”¹¹.

Quijada asocia dicho modelo a la obra clásica de John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*¹², en la que se vincula la emancipación a la “reacción de la clase criolla frente a la política de la metrópoli y en contra de ella”, se refiere a la incidencia de las reformas borbónicas y a la presencia de visitantes, intendentes y subdelegados procedentes de la península, quienes cuestionaron los espacios de dominación política y económica de los poderes locales en toda Hispanoamérica. Para muchos, con las nuevas reglas de juego se conforma un neo imperialismo o un neo colonialismo, el resultado es una coyuntura de tensión y conflicto en la que afloran sentimientos pre-nacionalistas en los criollos. Con el trabajo de Lynch se abre la posibilidad de construir una historia social de la independencia, que cuestiona la tesis de la opresión del modelo *institucionalista* y asocia la emancipación a la lucha de clases, “que en realidad no es una lucha de clases, sino un contexto social entendido como un gran mosaico socio-étnico estratificado, con una línea de demarcación que divide a los dominadores de los dominados”¹³.

Las reformas borbónicas facilitaron el proceso de movilidad

El resultado del proceso de institucionalización de la historiografía profesional en Colombia fue el cuestionamiento a las narrativas hegemónicas sobre los procesos de independencia y el distanciamiento o pérdida de interés de los historiadores profesionales por esta problemática y, en general, por la historiografía política.

social de los dominados frente a los dominadores, la corona acordó privilegios a pardos y mestizos con el objetivo de debilitar los espacios de dominación política y económica a los dominados. La respuesta de los criollos fue apoyar las tendencias a la emancipación. Pero también la independencia fue un “principio reactivo inspirado por el miedo a una subversión popular de las etnias inferiores que, según las elites criollas, la Corona ya no controlaba”: nos referimos a lo que se ha denominado como *la guerra de castas*. Así, las causas de la emancipación de la dominación española no serían políticas sino sociales¹⁴.

La importancia e incidencia de la obra de Lynch es innegable, pero no puede considerarse como el único enfoque historiográfico que demuele el “relato canónico”. La crítica también fue jalonada por distintas corrientes del marxismo y de la teoría de la dependencia; además, Manuel Chust y José Antonio Serrano han identificado cuatro vertientes de investigación que socavaron el modelo institucionalista: los estudios regionales, la historiografía social, la historiografía económica y su énfasis en el desempeño productivo de las economías de los siglos XIX y XX, y el desmonte al culto de los héroes.

La nación unificada en torno a la lucha contra la opresión y liderada por unos héroes dispuestos a dar la vida por la libertad empezó a fragmentarse. Las investigaciones orientadas por el modelo *materialista* visibilizaron las diferencias socio-económicas, étnicas, políticas y a los distintos proyectos políticos existentes en el ámbito regional. Los movimientos (revueltas) anti-fiscales del siglo XVIII dejaron de ser considerados como pre-insurgentes o antecedentes inmediatos de la emancipación. Los conflictos patriotas/realistas dieron paso a la inclusión de otras fuerzas y al reconocimiento de propuestas autonomistas.

La historiografía económica del período de transición del siglo XVIII al XIX rechazó los planteamientos de la ruptura y cambios profundos en los procesos de producción, distribución y consumo; como alternativa, defendió el argumento de las continuidades de la estructura económica. Las gestas de San Martín, Bolívar, Hidalgo, Francia, Artigas quedaron como evidencias de las narrativas historicistas de los historiadores tradicionales. El interés se centró en el análisis de las bases sociales de la insurgencia, en los contextos socio-históricos que posibilitaron el surgimiento de estos líderes y en el proceso de recepción, apropiación y desfase de las ideas que circulaban durante el proceso¹⁵. Con las “nuevas” problemáticas empezó a configurarse la noción de *las independencias*. Manuel Chust y José Antonio Serrano sintetizan estos cambios en cuatro puntos:

1. Se ha producido una reducción del “foco” temático en el estudio de los grandes hombres, de los grandes héroes, o de los grandes libertadores. El tema ha sido “rescatado” –y creemos que ésta es la palabra precisa– por parte de la novela histórica, que ha recuperado la biografía como tema de análisis histórico. Héroes, con todo, que han dejado de ser “dioses” para aparecer más humanos. Estudio de los libertadores que también ha promovido el interés por el estudio de las heroínas.

2. Como hemos planteado anteriormente, la nación, su alumbramiento,

ha dejado de ser el único referente para los historiadores. A ella se suman los procesos históricos, los sujetos sociales y los grupos regionales ocluidos durante demasiado tiempo por el manto nacional. Surge el estudio de la región, sus movimientos particulares, su génesis, y lo hace en muchas de las ocasiones desde los parámetros antagónicos al nacionalismo triunfante, casi siempre de la capital. No es extraño que en un contexto de procesos autonomistas de algunas partes de América –Santa Cruz en Bolivia, Zulia en Venezuela, Guayaquil en Ecuador– coincidan en este tema de gestación de la nación explicaciones periféricas y singulares.

3. También notamos un especial decaimiento de las interpretaciones que trataban la independencia como una guerra de “liberación nacional”. Sin profundizar, es posible que pueda estar en relación con la desaparición de los movimientos guerrilleros –a excepción de Colombia– y su propuesta central de liberación nacional mediante la guerra de guerrillas, al igual que en muchos territorios de la América hispana doscientos años atrás. Tendremos también que relacionarlo con el auge –lo explicamos más adelante– de los procesos políticos democráticos de los ochenta y noventa, de los estudios históricos de los procesos electorales y el rescate del valor de la ciudadanía.

4. La tesis de John Lynch sobre el “neo imperialismo” como explicación de las independencias ha sido cuestionada por estudios empíricos que demuestran que las reformas carolinas fueron más permeables de lo que se interpretó¹⁶.

Finalmente, el tercer modelo interpretativo, denominado por Mónica Quijada como *político*, se empieza a configurar en las últimas décadas del siglo XX y en el primer decenio del nuevo milenio. François-Xavier Guerra y Jaime Rodríguez O. son reconocidos como los gestores del modelo, construcción realizada desde perspectivas distintas que confluyen. Sus problemáticas ya habían sido abordadas en el pasado por otros historiadores, pero a “ellos se debe el desarrollo, estructuración y difusión de un modelo completo que asumió esos procesos como foco de atención axial e irreversible en los estudios sobre las independencias”¹⁷.

Coyunturalmente, podemos incluir en este corpus bibliográfico, mientras terminan por configurar un cuarto modelo, algunos de los estudios construidos en la perspectiva poscolonial y subalterna. El aporte de Guerra es la incorporación de los debates franceses en torno a lo político, el de Rodríguez es el de situar “las revoluciones del mundo hispánico al mismo nivel que las restantes revoluciones atlánticas, señalando la generalización de la influencia de Cádiz a la mayoría de los ámbitos hispanoamericanos”¹⁸.

La imbricación de lo político con la inclusión de las independencias en un proceso más vasto, el de las revoluciones en el mundo Atlántico de la segunda mitad del siglo XVIII, viene generando el uso de nuevos enfoques metodológicos, de marcos conceptuales y problemas de investigación que indagan las coyunturas de ruptura en las primeras décadas del siglo XIX y temporalidades más amplias, de mediana e inclusive de larga duración. El resultado de este esfuerzo intelectual es la identificación de un “multifacético proceso de cambios” en la esfera de la legitimación política, transformaciones

complejas y heterogéneas, que tienen por eje “la creación y recuperación, definición e incluso, a veces, resemantización de una serie de elementos, los cuales podríamos concentrar en tres grandes nociones estrechamente vinculadas entre sí: soberanía, legitimación y representación”¹⁹. El inventario de las problemáticas abordadas a partir de esta propuesta es inmenso, las preguntas indagan por una amplia variedad de cuestiones: las sociabilidades políticas, el espacio público, la ciudadanía, las elecciones, las identidades políticas, la soberanía, el republicanismo, las representaciones tanto las colectivas como las políticas, los imaginarios, la prensa, los rituales, símbolos, mitos, monumentos, discursos, etc.

En Colombia las primeras generaciones y cohortes de historiadores profesionales legitimaron su quehacer académico cuestionando las perspectivas epistemológicas del modelo interpretativo institucionalista defendido por la Academia Colombiana de Historia. Las críticas se centraron en la exégesis de la independencia asociada a la *historia de bronce*, con sus héroes, batallas y grandes gestas. Para Jorge Orlando Melo, la ruptura, además del ámbito político, comprendía el metodológico y el temático; ruptura política, porque “casi la totalidad de historiadores recién formados tenían perspectivas políticas de izquierda”, metodológica, porque “se adoptaban instrumentos de análisis derivados de sistemas conceptuales como el marxismo, en primer término, y, en menor grado, aspectos de la teoría económica y sociológica”, y ruptura temática, porque “la mirada se dirigía ahora hacia sectores sociales antes ignorados, como los indígenas, los campesinos o los obreros y hacia áreas poco investigadas como la economía y el conflicto social”²⁰.

El resultado del proceso de institucionalización de la historiografía profesional en Colombia fue el cuestionamiento a las narrativas hegemónicas sobre los procesos de independencia y el distanciamiento o pérdida de interés de los historiadores profesionales por esta problemática y, en general, por la historiografía política. Entre la década de los años sesenta y principio del decenio de los noventa, se escribió muy poco en torno a esta temática, con la excepción de los libros de Javier Ocampo López, *El proceso ideológico de la emancipación: las ideas de génesis, independencia, futuro e integración en los orígenes de Colombia*²¹, de John Leddy Phelan, *El pueblo y el rey. La revolución comunera en Colombia, 1781*²² y algunos artículos referidos a las revueltas anti-coloniales, a los procesos de emancipación en algunas regiones de la Nueva Granada y a la participación popular en los movimientos de independencia.

La publicación de los libros de Margarita Garrido, *Reclamos y representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo reino de Granada, 1770-1885*²³, Anthony McFarlane, *Colombia antes de la independencia*²⁴ y Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación. Región, clases y raza en el Caribe Colombiano (1717-1810)*²⁵, puede definirse como la coyuntura que denotó el regreso de la independencia en calidad de problemática legítima de los historiadores colombianos. De igual forma, en el ámbito nacional empezaba a percibirse el retorno de la política y lo político como historiografías sectoriales reconocidas por los representantes de Clío.

Hay que relacionar estos retornos y regresos con los procesos de recepción, apropiación y desfase de las “nuevas” perspectivas epistemológicas de las ciencias sociales y de la historiografía; sociólogos, antropólogos, historiadores, politólogos, y algunos psicólogos y economistas cuestionaron los regímenes de verdad derivados de la concepción moderna de ciencia, de la búsqueda de científicidad ligada al método hipotético deductivo y de los enfoques estructural y funcionalista. Como alternativas, abogaron por orientaciones interpretativas, por el estudio de las subjetividades y por el uso de marcos conceptuales híbridos o heterodoxos.

La historiografía económica y social, con su prevención totalizadora, fue cuestionada y empezaron a configurarse otras problemáticas. El interés por la historiografía económica decayó y este campo de estudios sectoriales pasó a un segundo plano. Estos cambios no pasaron desapercibidos para algunos de los representantes más re-

conocidos de las generaciones pioneras de la Nueva Historia de Colombia. No obstante, sus cuestionamientos no generaron una amplia polémica.

En las últimas décadas, la historiografía política y los estudios históricos referentes a la emancipación han experimentado un importante nivel de crecimiento, medido en términos del número de publicaciones –libros y artículos de revistas–, eventos académicos y actividades de extensión y divulgación. La conmemoración del Bicentenario ha sido central en la reactivación e incremento de esta problemática. En los nuevos análisis la noción de independencia fue cuestionada y en su lugar emergió la de las independencias. De igual forma, en este lustro la historiografía económica ha empezado a recuperar parte de la dinámica perdida en los decenios anteriores, proceso liderado por economistas, quienes se han distanciado del marxismo, de la teoría de la dependencia y de los enfoques de las *Annales*. En su lugar han privilegiado la Nueva Historia Económica e Institucional, especialmente en la vertiente norteamericana.

Es prematuro emitir juicios referentes a las fortalezas y debilidades de estos trabajos; para ello es necesario efectuar balances o estados de la cuestión historiográficos que den cuenta de su pertinencia académica y que no se reduzcan a un inventario de temáticas y problemáticas. Con base en la *operación historiográfica* propuesta por Michel de Certeau, se trataría de analizar el *lugar social* de su producción, las *prácticas de investigación* y la *escritura* historiográfica que se deriva de ellos²⁶. Tarea exigente que todavía no es asumida por los historiadores colombianos. La apretada agenda de la celebración del Bicentenario impide altos en el camino. Quizás, cuando el humo de las celebraciones empiece a disiparse, los representantes de Clío en el país asuman esta labor. Con este argumento, no desconocemos los esfuerzos realizados por algunos colegas, no obstante consideramos que estos artículos son aproximaciones iniciales fruto del *boom* por abordar las independencias, no responden a proyectos de largo aliento en torno al devenir de los estudios históricos en Colombia.

II. La Nueva Historia Económica e Institucional

En los últimos años la historiografía económica colombiana ha empezado a recuperar parte de la dinámica perdida en las décadas anteriores. En los “nuevos historiadores económicos”, o mejor, los “economistas historiadores” se percibe un distanciamiento explícito de los enfoques usados por los pioneros y primeras generaciones de la Nueva Historia de Colombia –nos referimos al marxismo, a la teoría de la dependencia y a la noción de totalidad, asociada a la historia económica y social impulsada por el círculo de historiadores franceses de las *Annales*²⁷.

Este alejamiento se traduce en la utilización explícita de la teoría económica, de la teoría del desarrollo, del neo institucionalismo, de la cuantificación y de modelos econométricos²⁸. El trasfondo de los estudios de lo que se ha llamado la Nueva Historia Económica es la problemática en torno a las diferencias de ingresos entre países. Específicamente, se buscan hipótesis para explicar el atraso económico de América Latina, comparado con los niveles de desarrollo de la economía norteamericana. Las respuestas incluyen, además de la perspectiva económica, variables que incorporan otras esferas del mundo social como la política y la cultura. De igual forma, intentan identificar un “origen”, un punto de inflexión que marque el despegue definitivo de la economía de los Estados Unidos frente a la latinoamericana. No hay un consenso en las hipótesis planteadas en torno a las causas del “atraso”: temporalmente, unos autores se remontan al proceso de conquista, otros al siglo XVIII y a las reformas borbónicas, algunos se concentran en el siglo XIX y le dan peso al proceso de emancipación de la dominación española.

Tampoco hay acuerdos respecto al factor o factores generadores del “rezo” económico: el énfasis ha recaído en la dotación de factores, en las instituciones legadas por España comparadas con

las reglas de juego de los territorios colonizados por los ingleses, en la mortalidad de los colonizadores y su incidencia en los primeros asentamientos, en los sistemas productivos e institucionales, particularidad que se prolongó –persistió– a lo largo del tiempo, en los tipos de derechos de propiedad establecidos, en las modalidades de asentamientos y de colonias derivadas del clima, de la geografía y de la mortalidad, entre otras²⁹.

Los artículos de Salomón Kalmanovitz referidos al nuevo institucionalismo, su libro *Agricultura colombiana en el siglo XX*³⁰ –en coautoría con Enrique López–, la obra de Álvaro Pachón y María Teresa Ramírez, *La infraestructura del transporte en Colombia durante el siglo XX*³¹, la organización efectuada por el Banco de la República de tres seminarios internacionales dedicados a la historiografía económica del siglo XX, de la centuria del XIX y de la Colonia, la publicación de dos volúmenes con los trabajos presentados en estos eventos, el de James Robinson y Miguel Urrutia, *Economía colombiana del siglo XX. Un análisis cuantitativo*³² y el de Adolfo Meisel Roca y María Teresa Ramírez, *Economía colombiana del siglo XIX*³³, y la compilación de Salomón Kalmanovitz, *La nueva historia económica de Colombia*³⁴, representan el punto de ruptura con los enfoques conceptuales y metodológicos de los historiadores económicos de las décadas de los años sesenta, setenta y ochenta.

Como en el caso de los estudios referidos a las independencias, aún no tenemos balances historiográficos respecto a la incidencia de los nuevos estudios históricos en economía. La excepción es un acercamiento general realizado por Adolfo Meisel Roca, quien responde a las críticas a los historiadores colombianos efectuadas por Jesús Antonio Bejarano y en las conclusiones hace un llamado a establecer “puentes de comunicación intelectual” y define esta tarea como “uno de los retos principales que deben enfrentar quienes aspiren a escribir la nueva historia económica de Colombia”.

Algunos de los representantes de la Nueva Historia Económica e Institucional –que también son reconocidos como integrantes de la “vieja” historia económica y social– han abordado el desenvolvimiento económico de la Nueva Granada en la segunda mitad del siglo XVIII y durante las independencias. Así por ejemplo, Salomón Kalmanovitz, con base en la información de los diezmos colectados, en contraposición a la tesis de los historiadores económicos y sociales que definían el período colonial en términos de opresión política y postración económica, defiende la idea de un “fuerte crecimiento económico en la última fase colonial”³⁵. Este incremento estaría liderado por la economía minera y agrícola, que se interrumpiría a partir de 1808 por el proceso de las independencias.

Las reflexiones de Kalmanovitz referentes a la emancipación de la Nueva Granada de la dominación española están inspiradas en:

1. El artículo de Douglas C. North, William Summerhill y Barry R. Weingast, “Orden, desorden y cambio económico: Latinoamérica vs. Norte América” y algunos de los planteamientos del libro de Douglas C. North y Robert P. Thomas, *El nacimiento del mundo occidental: una nueva historia económica (900-1700)*, trabajos en los que se analiza y compara, de una parte, los casos de Estados Unidos y América Latina, y, de la otra, los de Holanda e Inglaterra con España, Italia y Portugal³⁶;

2. El debate referido a los costos y beneficios de la independencia, en el que “participa, distanciándose”, con base en el caso colombiano, de las posiciones de Leandro Prados de la Escosura y Rafael Dobado y Gustavo Marrero.

Para Kalmanovitz el crecimiento económico de finales del período colonial “se tornó negativo posteriormente por la interrupción del comercio, las cruentas guerras de independencia, el deterioro del esclavismo y el estancamiento del comercio internacional hasta 1850”. Estos problemas no fueron resueltos por los primeros gobiernos de la nueva República. Así, “la independencia inauguró un largo proceso de inestabilidad política que resultó costoso para la sociedad,

aunque fue organizando una serie de reformas fiscales y legales que algo la modernizaron”. Con la emancipación colapsó el sistema esclavista y entraron en recesión las zonas mineras de la costa Pacífica y con ellas las unidades productivas ubicadas en el valle geográfico del río Cauca y en los alrededores de la ciudad de Popayán. El Caribe colombiano involucionó económicamente, en esta región la esclavitud también entró en crisis, Cartagena perdió el situado fiscal y la reconquista arrasó con las unidades productivas dedicadas a la agricultura y la ganadería. De igual forma, las cifras evidencian grados de des-urbanización en todo el país, perdiendo además el sector exportador los circuitos de intercambio con Cádiz³⁷.

Los costes y los beneficios de la independencia son relacionados por Kalmanovitz para determinar si el “desmonte de una organización económicamente ineficiente, basada en el monopolio y privados sobre la producción y el comercio, produjo suficientes beneficios a largo plazo que justificaran los costos de la empresa”. El beneficio es asociado a la tarea de “erradicar” buena parte del orden social imperante durante el período colonial: “un sistema de castas separadas legalmente, relaciones sociales de servidumbre y de esclavitud, monopolios de comercio y de los bienes más transados en la sociedad colonial y, no menos, una tributación excesiva que incluía los diezmos, que financiaban el culto”. La respuesta es que los costos de la emancipación fueron muy altos, el más importante siendo “la pérdida del orden político que sostuvo al imperio español de ultramar por más de tres siglos”. En el ámbito económico, representó “seis décadas pérdidas y cuatro de crecimiento positivo, siendo los períodos 1800-1809 y 1850-1886 de expansión económica. En el resto del siglo hubo contracción del PIB por habitante”³⁸. De igual forma, el autor identifica fisuras sociales que redundan en costos económicos, la pérdida de vidas humanas, de enseres y animales, producto del paso de los ejércitos en contienda y su demanda permanente de soldados, enseres y avituallamiento. El mayor y único beneficio fue en el ámbito fiscal, en cuanto los impuestos fueron reducidos, entre ellos, el diezmo. En conclusión, el proceso de emancipación ayudó a delinear un nuevo país, “donde perdieron importancia las regiones de Popayán y Cartagena, que se contrajeron primero, para estancarse después; se estancó también Santander, cuya artesanía competirá contra las importaciones, mientras que ganaron Antioquia –con su minería y su dinámica colonización del occidente del país– y Cundinamarca, la cual siguió siendo una despensa agrícola y ganadera, y centralizó las rentas del país después de 1886”³⁹.

El trabajo de Adolfo Meisel Roca también se inscribe en la reflexión referente a los costos y beneficios de la independencia, pero no reduce su trabajo exclusivamente a esta esfera, considerando que la cuestión es “relevante para las discusiones contemporáneas sobre el desempeño económico de Colombia en el largo plazo, y en especial para la discusión de los orígenes del rezago económico relativo en el contexto internacional”, disputa que comprende las tesis defendidas por Leandro Prados de la Escosura, Daron Acemoglu y John Coatsworth para el caso mexicano.

Como Kalmanovitz, Meisel Roca considera que la “economía de la Nueva Granda [...] se ampliaba de forma vigorosa antes de la independencia, la carga fiscal cobrada por la Corona a sus habitantes también aumentaba a través del tiempo”, lo que impidió que el crecimiento de la economía se reflejara en “mejoras sustanciales en la calidad de vida de los neogranadinos”⁴⁰.

Meisel relaciona los costos de la independencia con la destrucción de los factores de producción, del “capital humano”, sin distinción social alguno; “de la estructura productiva, capital financiero, haciendas, cultivos, ganado, como consecuencias de las acciones, el tránsito de tropas, la emigración y la inestabilidad institucional”. Las instituciones económicas, específicamente el régimen monetario, también fueron devastadas; asimismo, se perdió la seguridad de los derechos de propiedad y las redes comerciales existentes. Finalmente, el país se endeudó para financiar la guerra y asegurar los procesos de emancipación⁴¹.

La mayoría de los beneficios de la independencia fueron perci-



bidos en el largo tiempo y sólo unos pocos fueron inmediatos, siendo uno de estos la eliminación de los tributos coloniales, otro la posibilidad de establecer relaciones comerciales con otras naciones, como Inglaterra y los Estados Unidos. En conclusión, “los costos fueron en su mayoría inmediatos. Una excepción fue la inestabilidad política y en las reglas de juego, incluso en el campo económico, lo cual se sintió a lo largo de casi todo el siglo XIX”.

Los beneficios, primero y principal, la apertura del comercio exterior, ocurrieron gradualmente. Fue “solo hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando los beneficios de la Independencia comenzaron, poco a poco, a superar sus costos. Para ello resultó vital el aumento de las exportaciones. Pero es a partir de las primeras décadas del siglo XX [...] que se vieron los mayores beneficios y que estos llegaron a la mayoría de la población”. Con la emancipación de la dominación española se abrió la posibilidad de “escoger las reformas que necesitaba el país”, cambios relacionados por el autor al régimen de tierras, a la movilidad de la mano de obra y de capital, “que despejaron el camino para insertarse en la economía mundial con el café”⁴².

III. Historiadores políticos y economistas historiadores: un diálogo de sordos

En los trabajos referidos a las independencias algunos historiadores incluyen la dimensión económica, pero como información que les permite contextualizar su objeto de estudio. Igual acontece en los nuevos estudios de historiografía económica e institucional referidos a la emancipación; la política y lo político son incorporados, pero no hay mayores desarrollos de este ámbito del mundo social, a pesar de la importancia que le otorgan en las declaraciones de principios que efectúan en las introducciones de sus escritos y en el énfasis que ponen en la cuestión de las instituciones sus explicaciones del proceso.

Estos estudios son construidos con base en los enfoques y metodologías de historiografías sectoriales específicas y no son sensibles a las perspectivas interdisciplinarias entre ciencias económicas e historiografía. El diálogo de algunos de los académicos que abordan las

independencias está orientado hacia otros campos del saber, como la antropología, la sociología, los estudios subalternos y poscoloniales, la ciencia política, entre otros. En los economistas historiadores de la emancipación no se percibe el propósito de dialogar con otros saberes disciplinares de las ciencias sociales, establecer “conversaciones” y “debates” con algunos de los representantes más reconocidos en el campo de la nueva historiografía económica y empresarial.

La ausencia de diálogo de los historiadores economistas no es únicamente con las ciencias sociales y la historiografía, también cobija lo que podemos llamar las obras clásicas de la historiografía económica de Colombia, efectuadas antes de la década de los años noventa; nos referimos a los libros de William P. McGreevey, *Historia económica de Colombia, 1840-1930*⁴³, de José Antonio Ocampo, *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*⁴⁴ y de Salomón Kalmanovitz, *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*⁴⁵. Una conversación con las interpretaciones de estos autores abriría la posibilidad de matizar y fortalecer sus explicaciones, especialmente las referidas a los beneficios de la independencia, y les permitiría decantar mejor su objeto de estudio.

Los trabajos más importantes sobre las independencias en la Nueva Granada desde los modelos interpretativos materialista y político son el resultado de investigaciones para tesis doctorales. Sus autores estudiaron en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, España, Colombia. Sus objetos de estudio comprenden tanto la totalidad de la Nueva Granada, como territorialidades regionales y locales; sus explicaciones están respaldadas por trabajos documentales, hay distintos enfoques teóricos y estrategias narrativas y un diálogo con la bibliografía nacional e internacional.

Por el contrario, los estudios reseñados referidos a los costes y beneficios económicos de la emancipación neogranadina pueden definirse como aproximaciones iniciales a esta problemática, no necesariamente relacionadas con proyectos de investigación de largo aliento, sino con iniciativas coyunturales; en algunos casos, fruto de la difusión de las perspectivas de la Nueva Historia Económica e Institucional, y, en otros, reflexiones personales. Esta particularidad se refleja en la calidad de la información utilizada en estos trabajos; algunas de las afirmaciones no son sustentadas de manera pertinente, especialmente las que corresponden a aspectos cualitativos. En lo que atañe al uso de herramientas cuantitativas, aún no se ha abierto el debate en lo referente a la calidad de las series y a las magnitudes que se desprenden de ellas. En general, se nota la ausencia de relevamientos, sistematización y análisis documentales de largo aliento.

Uno de los aportes más significativos de la historiografía económica y social colombiana ha sido el énfasis en los estudios regionales. Los historiadores que han abordado las independencias en la última década no han olvidado estas contribuciones y la importancia de sus trabajos reside en el estudio de la emancipación en este tipo de territorialidades. Los economistas historiadores que se ocupan de los costes y beneficios de la independencia han olvidado esta perspectiva. En sus trabajos hay referencias a regiones específicas, pero esto no puede asumirse como el interés explícito por analizar e interpretar este proceso en la dimensión regional. En este punto, nos encontramos ante dos retos para los estudios históricos en Colombia. Los historiadores de las independencias están compelidos a la construcción de síntesis que integren las múltiples facetas que han construido de lo regional; de otro lado, los economistas historiadores deben incorporar la variable *región* a sus estudios, dado que sin esta perspectiva sus planteamientos perderán capacidad explicativa.

Estas diferencias son producto del proceso de institucionalización de los estudios históricos en Colombia. La recepción, apropiación y desfase de los enfoques teóricos y metodológicos de las perspectivas cualitativas fueron más dinámicos que los de la Nueva Historia Económica e Institucional. ¿Qué explica esta particularidad? Las respuestas han retomado los factores utilizados en la comprensión de los debates y cambios epistemológicos que cuestionaron la noción de ciencia moderna relacionada con el método hipotético deductivo y su incidencia en las ciencias sociales. Para algunos fue

[...] las independencias de Hispanoamérica, y por tanto de la Nueva Granada, son un punto de inflexión del proceso de configuración de la modernidad política en el mundo Atlántico que se remonta a la segunda mitad del siglo XVIII y que se extiende hasta el presente.

una cuestión de moda y facilismo; otros consideran que fueron los cambios abiertos por la descolonización, el posterior mayo del '68, la crisis económica de los años setenta, la caída del muro de Berlín, entre otros acontecimientos, que pusieron el punto final a lo que se conoce como los grandes metarelatos. No tenemos un estudio específico para el caso colombiano. Con seguridad, las coyunturas internacionales tienen una incidencia significativa, a lo que agregaríamos un aspecto adicional.

Efectivamente, los enfoques teóricos y metodológicos que hemos asociado a lo cualitativo empiezan a circular en la historiografía colombiana en una coyuntura en la que los historiadores económicos más representativos salen de la academia a desempeñar cargos en entidades públicas y privadas y, en otros casos, mueren. En este contexto, no se formó una generación de recambio y los estudiantes en los pregrados y posgrados reciben hoy directamente, apropiando y desfasando, las nuevas propuestas historiográficas. La historiografía económica y social, el marxismo y la teoría de la dependencia perdieron dinámica; ya no cuentan con representantes connotados y son fácil blanco de las críticas epistemológicas que sirven para legitimar el advenimiento de las formas más recientes de hacer historia en el país. Una nueva generación de intelectuales legitima sus lugares de enunciación, sus prácticas de investigación y géneros narrativos.

Los nuevos estudios de historiografía económica e institucional abren nuevos retos a los historiadores colombianos, pero también a los economistas historiadores, desafíos orientados a impedir que se siga presentando lo que Alexander Betancourt ha denominado la coexistencia de diferentes corrientes historiográficas que responden a distintas formas de escritura de la historia y “cohabitan en los espacios institucionales y públicos como tendencias excluyentes [...] sin dialogar entre sí”. Responden a “proyectos académicos y políticos, que si bien no comparten los ‘modos’ de escribir la historia, convergen en ciertos puntos de partida que todavía esperan esclarecimientos y, sobre todo, que se hagan evidentes a través del ejercicio historiográfico”⁴⁶.

El análisis de las independencias es una de las innumerables problemáticas para buscar sendas de intercambio académico, o mejor, para reactivar una relación más o menos fluida en las primeras décadas del proceso de institucionalización de la historiografía profesional colombiana. Tanto los modelos interpretativos materialista y político como los enfoques históricos de la economía institucional tienen puntos de contacto que posibilitan la construcción de objetos de investigación, cuyas respuestas ofrecerían una mejor comprensión de la emancipación de la dominación española y de la configuración poscolonial del estado nación en la Colombia decimonónica.

IV. En búsqueda de objetos de estudio para dialogar

En su quehacer académico los historiadores profesionales colombianos demolieron la interpretación referente a la independencia construida por la Academia Colombiana de Historia e inspirada en el historicismo. La emancipación de la dominación española dejó de ser un proceso excepcional circunscrito a las primeras décadas del siglo XIX, a una serie de grandes fechas, hechos y acciones heroicas. En su lugar, se han configurado una serie de interpretaciones

que han delineado un cuadro multifacético de este proceso⁴⁷. La noción de *independencias* ilustra los resultados de las nuevas perspectivas de análisis. En los estudios efectuados a partir de finales de la década de los años sesenta y hasta el presente (nos referimos a la producción historiográfica que hemos relacionado con los modelos interpretativos materialista y político, y con las distintas concepciones epistemológicas que han articulado la historiografía económica –marxismo, historia económica y social, teoría de la dependencia, neo institucionalismo, etc.), se ha configurado una serie de ejes problemáticos que son centrales en la construcción de objetos de estudio que dinamicen los diálogos entre la historiografía política y la nueva historiografía económica e institucional.

Estos ejes problemáticos no son producto único y exclusivo de los historiadores colombianos, están relacionadas con los procesos de recepción, apropiación y desfase de los enfoques teóricos y metodológicos dominantes en los centros hegemónicos de producción de conocimiento, tanto en Colombia como en América Latina.

El primer eje es el abandono de las interpretaciones particularistas y localistas de la Academia Colombiana de Historia y la inclusión de las independencias en un contexto socio-histórico más amplio. La independencia de la América española –y, dentro de ésta, de la Nueva Granada– hace parte de un proceso de cambio “que se dio en el mundo atlántico durante la segunda mitad del siglo XVIII y los primeros años del XIX”, específicamente de la “*revolución* del mundo hispánico y de la *disolución* del Imperio español en América. La independencia no fue un movimiento anticolonial sino parte de una revolución política como del rompimiento de un sistema político mundial”⁴⁸. Ésta fue la ruptura que agenció la transformación de las monarquías en democracias, de los súbditos en ciudadanos. Estos cambios han sido relacionados por François-Xavier Guerra a la configuración de una modernidad política, asociada al “hombre individual, desgajado de los vínculos de la antigua sociedad estamental y corporativa”, a “la nueva sociedad, una sociedad contractual, surgida de un nuevo pacto social” y, finalmente, a “la nueva política, la expresión de un nuevo soberano, el pueblo, a través de la competición de los que buscan encarnarlo o representarlo”⁴⁹.

El segundo eje problemático es el uso y combinación de diferentes temporalidades –tiempo largo, tiempo medio y tiempo corto– que necesariamente no están ligadas única y exclusivamente a la propuesta *braudeliana*. Para el caso colombiano, en el trabajo de Meisel hay referencias a la mediana duración, pero el escrito no está desarrollado en esta perspectiva. En su balance historiográfico, Pedro Pérez Herrero relaciona los tiempos largos al estudio de los aspectos económicos y sociales, al análisis del “punto de inflexión entre los siglos de la época colonial y los de la independiente”. Los tiempos medios son asociados a los aspectos políticos, con especial referencia a las ideas, que cronológicamente corren del final del siglo XVIII a mediados del siglo XIX. El corto tiempo compete a los asuntos de “militares-estratégicos con una abundante profusión de datos biográficos”⁵⁰.

El tercer eje problemático es el territorial, específicamente la perspectiva regional. En esta dirección, Jaime Rodríguez O. construyó un modelo para la América española que puede apropiarse y desfasarse para la Nueva Granada. El autor divide las posesiones de España en América en cuatro áreas generales. La primera está inte-

grada por las principales regiones. Se trata de la parte central de la Nueva España, Guatemala, Nueva Granada, Quito, Perú y Alto Perú, con sistemas económicos complejos, que incluían “variadas formas de agricultura, diferentes tipos de manufactura en centros urbanos (por ejemplo, obrajes textiles y otros tipos de producciones artesanales) e importantes centros mineros”.

La segunda región comprende partes de Nueva Galicia, algunas aéreas de América Central, Chile y del Río de la Plata, que, económicamente, están dedicadas a la producción agropecuaria orientada al abastecimiento de las “regiones manufacturero-mineras más desarrolladas”.

De la tercera región hacen parte las áreas tropicales de Cuba, Puerto Rico, Venezuela, partes costeras de Nueva Granada, Guayaquil y algunas regiones de la costa peruana, zonas con plantaciones agrícolas, cuya producción se orientaba hacia el mercado de exportación tanto europeo como americano. “Nueva España poseía también regiones tropicales de importancia: Veracruz y la tierra caliente del Pacífico. Pero parece que estos lugares se integraron a la economía más amplia del virreinato”.

Finalmente, la cuarta región era la fronteriza, conformada por las provincias internas de la Nueva España, las partes sureñas de Chile y del Río de la Plata, la Banda Oriental y Paraguay. Su función era de amortiguación entre “las aéreas pobladas y los indios nómadas, así como entre otros imperios europeos”⁵¹.

En lo que atañe al territorio de la Nueva Granada, Jaime Rodríguez O. lo ubica en dos de las regiones en las que divide el territorio de la América española, particularidad que, unida con las diferencias en la estructura socioeconómica y con algunas de las problemáticas de la nueva historia económica e institucional, posibilita la construcción de objetos de estudio que exploren vías distintas a las actualmente recorridas por los académicos colombianos que se ocupan de historiar la emancipación de la Nueva Granada de la dominación española. En este punto, es importante recordar una de las premisas que guió el quehacer historiográfico de las primeras generaciones y cohortes de historiadores profesionales colombianos. Para estos académicos, la historia de Colombia sería un entramado de historias regionales. El análisis de este entramado no podía efectuarse como una suma de los desarrollos históricos de las diferentes regiones, se debía realizar comparando en las distintas regiones procesos históricos y problemas específicos⁵². Esta propuesta se cumplió parcialmente: en muchos países de América Latina proliferaron los estudios regionales –enfoque que ha perdido⁵³ en las últimas décadas algo de su dinamismo–, pero hay poco interés por la construcción de síntesis o de objetos de estudio en perspectiva comparada.

La construcción de la historia de Colombia por parte de los historiadores aficionados, vinculados a la Academia Colombiana de Historia, se efectuó y se efectúa desde el centro hacia las regiones. El propósito de este enfoque es ampliamente conocido: homogeneizar el pasado de los colombianos. Los historiadores profesionales pretendieron construir una historia que partiese de las regiones hacia el centro. Su objetivo era –y es– mostrar la diversidad de la nación colombiana. El resultado ha sido la fragmentación de la historia y de la historiografía colombiana en una serie de historias de regiones sin una relación fluida entre el todo –Colombia– y las partes –las regiones. Algunas regiones, períodos y problemáticas se han sobreestudiado en detrimento de otras, y especialmente, se han efectuado generalizaciones de corte nacional a partir de procesos históricos localizados en una región⁵⁴.

El cuarto eje problemático corresponde a algunas de las nociones que articulan los análisis de la nueva historia económica e institucional: instituciones, reglas de juego, dotación de factores, derechos de propiedad, entre otros, que, articulados con los procesos de modernidad política, permiten la construcción de objetos de estudio complementarios a los que actualmente se realizan con base en el modelo interpretativo denominado por Mónica Quijada como *político*.

Si recogemos estos cuatro ejes problemáticos, las independen-

cias de Hispanoamérica, y por tanto de la Nueva Granada, son un punto de inflexión del proceso de configuración de la modernidad política en el mundo Atlántico que se remonta a la segunda mitad del siglo XVIII y que se extiende hasta el presente. En el ámbito político como en el económico, por solo mencionar dos aspectos del mundo social, este proceso genera distintas temporalidades que están imbricadas pero que han sido estudiadas separadamente. Lo que se pone en juego es la transición hacia un orden social orientado por el liberalismo político y el liberalismo económico, la configuración de nuevas instituciones, o sea, organizaciones o entidades públicas y privadas, reglas de juego formal e informal. Este no es un proceso lineal, tampoco es consensuado; está lleno de contradicciones, tensiones y conflictos sociales. Las revueltas anti-fiscales derivadas de las reformas borbónicas, las vicisitudes de la invasión napoleónica en España y de la emancipación de la América española, el trauma de la reconquista y de las guerras de independencia, son solo algunas características generales del proceso, particularidades ampliamente desarrolladas en la literatura especializada sobre el tema.

Una vez que el territorio neogranadino fue liberado y se inició la configuración poscolonial del estado nación, la cuestión de la modernidad política pasó por la resolución de lo que Antonio Annino denomina el “conflicto estructural entre soberanías diversas”, pugna como resultado de la permanencia de las concepciones de la soberanía política de los Habsburgos, la imposición parcial de la propuesta reformista de los Borbones y los esfuerzos por legitimar la soberanía política republicana⁵⁵. Nos encontramos ante la circulación de ideas corporativistas y pactistas, ideas borbónicas e ideas ilustradas. Lo que está en juego son las bases del “nuevo” orden en todos los ámbitos del mundo social: nuevas instituciones, tanto formales como organizacionales, nuevas actividades económicas, nuevas formas de sociabilidad, nuevas formas de representación, nuevas formas jurídicas, búsquedas para transitar de las naciones antiguas a las naciones modernas, etc. Los diversos sectores sociales buscaban respuestas para los siguientes interrogantes: “¿Cómo está pensada o imaginada la sociedad? ¿Qué es lo que constituye el vínculo social? ¿Qué tipo de autoridad se considera legítima? ¿Cuáles son sus funciones? ¿Qué poderes se le atribuyen comúnmente? ¿Cuáles son los derechos y deberes recíprocos entre gobernantes y gobernados?”⁵⁶. Los tres tipos de soberanía en pugna ofrecían soluciones y planteaban disyuntivas a las soluciones propuestas. No conocemos qué tanto se extiende esta cuestión, pero sí sabemos que las reformas liberales de mediados de siglo fueron un esfuerzo por ponerle punto final a dicha problemática.

El “conflicto estructural de las soberanías diversas” solamente se ha abordado en la perspectiva política. El énfasis de la nueva historia económica e institucional ha sido el de los costes y beneficios de las independencias, con referencias generales a la cuestión fiscal. No obstante, preguntarse por las reglas de juego formales es central para poder analizar la incidencia de la modernidad en la economía.

Después de la ruptura con España, el ámbito económico “osciló entre dos modelos: el que luchaba por reconstruir los fundamentos coloniales de la economía [...] y el que aspiraba a una ruptura con las múltiples trabas que se oponían al desarrollo moderno”. En la década 1820-1830, durante la Gran Colombia, ninguno de los dos se impuso y la economía se orientó hacia el uno como hacia el otro. Después de 1830, los defensores de los parámetros coloniales lograron cierta supremacía, que decayó posteriormente con la llegada del liberalismo al poder y el proyecto de reorientar la economía hacia concepciones liberales⁵⁷.

Consideramos que los problemas identificados permitirían un diálogo entre los historiadores políticos de las independencias y la nueva historiografía económica e institucional. No obstante, este diálogo sería más fructífero si se incluyera la perspectiva regional. Las particularidades de los procesos de transición hacia la modernidad política y económica permitirían otros niveles de comprensión tanto para las décadas finales del período colonial como para la primera mitad del siglo XIX: los casos de Antioquia, con una producción

aurífera centrada en el mazamorreo, la gobernación de Popayán, con una estructura socio económica articulada en torno a los circuitos mineros entre el valle geográfico del río Cauca y la costa Pacífica, y, en fin, las gobernaciones de Cartagena y Santa Marta, con pocas actividades de minería, con presencia de haciendas y con altos niveles de contrabando. En los tres casos, hay presencia de mano de obra esclava, los libres de todos los colores fueron la población mayoritaria, las haciendas y la Iglesia no lograron un control hegemónico del orden social⁵⁸.

En la gobernación de Popayán el declive de la economía minera se inicia en la segunda mitad del siglo XVIII. Por estas calendas disminuye el número de esclavos vendidos en Popayán y comienza el descenso de la productividad de las minas de la costa pacífica⁵⁹. La crisis definitiva es producto de las guerras de independencia. Durante este proceso, el valle geográfico del río Cauca fue teatro de operaciones militares y después zona de avituallamiento y de reclutamiento militar; posteriormente, escenario de guerras civiles. En la gobernación de Cartagena, las haciendas –que tenían una estructura similar a las ubicadas en el valle geográfico del río Cauca– involucionaron, pasando de producir azúcares y mieles a la explotación intensiva de hatos ganaderos. Asimismo, la “cesación de la trata, la introducción de aguardientes españoles y la disminución de los privilegios comerciales de Cartagena, erosionaron [...] las haciendas esclavistas de la costa”⁶⁰; a lo que debemos agregarle las particularidades del proceso de emancipación en esta región de Colombia.

La minería antioqueña no fue ajena al uso de mano de obra esclava; sin embargo, durante el segundo ciclo del oro en la Nueva Granada, sus placeres auríferos fueron explotados por mazamorreos libres que derivaban su sustento del pan coger de sus parcelas y del intercambio con comerciantes antioqueños. De igual forma, la intensidad de las operaciones militares no tuvo la magnitud de otras regiones de la Nueva Granada.

Estas características configuran herencias coloniales distintas, tanto en la dimensión económica como en la dimensión política, y por ende, en la búsqueda de cohesionar el orden social. De las tres regiones mencionadas, la estructura productiva que mejor se ajustaba a la transición hacia un orden social inspirado en el liberalismo económico es la antioqueña, a lo que debemos sumarle dos factores: el primero es el desplazamiento de la actividad minera de la costa pacífica a su territorio y el segundo es el temprano proceso de frontera y colonización que actúa como *válvula de seguridad* y permite una vía de escape a muchas de las tensiones en su interior. En el Cauca decimonónico y en Cartagena las herencias coloniales articulan problemáticas que difícilmente pueden ser superadas a lo largo del siglo XIX.

Conocemos muy poco de las representaciones de las herencias coloniales por parte de los legisladores de la época y mucho menos de las reglas de juego formales para afrontar estas problemáticas. Consideramos que un estudio pormenorizado de ellas, cruzado con las tipologías regionales propuestas por Jaime Rodríguez O. y con los análisis en torno a la configuración de la ciudadanía y la construcción de la nación, ofrecería interpretaciones históricas más dinámicas, en las que se podría comparar la transición tanto de zonas de producción minera como de áreas productoras de alimentos durante el período colonial a una economía orientada por el modelo agro exportador, en la que las regiones en cuestión tienen bajos niveles de inserción al mercado mundial, sobresaliendo Antioquia por su producción aurífera.

Finalmente, el inventario de ejes problemáticos puede extenderse al infinito. Con estas aproximaciones únicamente hemos querido llamar la atención sobre algunas cuestiones que consideramos relevantes. En el futuro mediato, los historiadores colombianos y los economistas historiadores deben ensanchar el marco de análisis en torno a las independencias. El modelo interpretativo *político* y el estudio de los costes y beneficios de la emancipación, ofrecen explicaciones limitadas del proceso. Quizás sea factible que con el desplazamiento de sus objetos disciplinares hacia las zonas de fron-

tera se logre construir nuevos objetos de investigación que permitan una comprensión más compleja de esta problemática. Mientras esto sucede, los actos conmemorativos del BICENTENARIO, con mayúsculas, continuarán, y con ellos seguirá la configuración de una memoria pública que poco ayuda a entender y buscar salidas a los problemas contemporáneos de la sociedad colombiana. Con seguridad, en la próxima celebración, los colombianos volverán a dudar y se preguntarán nuevamente: “si han tenido razón al interrogar a su pasado o si lo han interrogado bien”.

Notas

¹ Agradezco al grupo Nexus, perteneciente al Centro de Estudios Interdisciplinarios, Jurídicos, Sociales y Humanistas, de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la universidad Icesi, el tiempo otorgado para la redacción y corrección de este artículo.

² Marc Bloch, *Introducción a la historia*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 10 (ed. orig. 1949).

³ Gianpasquale Santomassimo, “Guerra e legittimazione storica”, en *Passato e presente*, n. 54, septiembre-diciembre de 2001, pp. 5-23. Las ideas de Santomassimo han sido retomadas en el libro de Josep Fontana, *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?*, Bogotá, Ediciones Pensamiento Crítico, 2003, p. 44.

⁴ Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Ediciones Paidós, 2001, p. 118.

⁵ “La larga duración”, en Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, pp. 64-65.

⁶ Mónica Quijada, *Modelos de interpretación sobre las independencias hispanoamericanas*, Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2005, pp. 12-13.

⁷ Germán Colmenares, “La historia de la revolución por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica”, en G. Colmenares, Zamira Díaz de Zuluaga, José Escorcía y Francisco Zuluaga, *La independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986. La expresión de Colmenares también es citada en el libro de Mónica Quijada.

⁸ Luis González, “De la múltiple utilización de la historia”, en AAVV, *Historia para qué*, México, D.F., Siglo XXI Editores, 1980, pp. 64-67.

⁹ *Ibidem*, p. 12.

¹⁰ Manuel Chust y José Antonio Serrano (eds.), *Debates sobre las independencias americanas*, Madrid/ Frankfurt, Ahila / Editorial Iberoamericana / Vervuert, 2007; las referencias corresponden al primer capítulo titulado “Un debate actual, una revisión necesaria”, consultado en la versión electrónica: <http://www.ojosdepapel.com/Index.aspx?article=2791>. Véase también, Pedro Pérez Herrero, “Las independencias americanas. Reflexiones historiográficas con motivo del Bicentenario”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Madrid, Universidad Complutense, 2010, vol. 32, pp. 55-56.

¹¹ M. Quijada, *op. cit.*, pp. 13, 14.

¹² John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona, Editorial Ariel, 1983 (ed. orig. 1973).

¹³ M. Quijada, *op. cit.*, p. 16. Véase también P. Pérez Herrero, *art. cit.*, p. 62.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 16-17.

¹⁵ Manuel Chust y José A. Serrano (eds.), *op. cit.*; P. Pérez Herrero, *art. cit.*

¹⁶ M. Chust y J. A. Serrano (eds.), *op. cit.*

¹⁷ M. Quijada, *op. cit.*, p.19.

¹⁸ *Ibidem*, p. 21.

¹⁹ *Ibidem*, p. 23 (énfasis en el original).

²⁰ Jorge Orlando Melo, “La historia: perplejidades de una disciplina consolidada”, en *Id.*, *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia*, Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1992, p. 8.

²¹ Javier Ocampo López, *El proceso ideológico de la emancipación: las ideas de génesis, independencia, futuro e integración en los orí-*

- genes de Colombia*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia - Fondo Especial de Publicaciones, 1974.
- ²² John Leddy Phelan, *El pueblo y el rey. La revolución comunera en Colombia, 1781*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980.
- ²³ Margarita Garrido, *Reclamos y representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo reino de Granada, 1770-1885*, Bogotá, Banco de la República, 1993.
- ²⁴ Anthony McFarlane, *Colombia antes de la independencia*, Bogotá, Banco de la República/ El Ancora Editores, 1997.
- ²⁵ Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación. Región, clases y raza en el Caribe Colombiano (1717-1810)*, Bogotá, Banco de la República/ El Ancora Editores, 1998.
- ²⁶ Michel De Certeau, "La operación historiográfica", en *Id.*, *La escritura de la historia*, México D.F., Universidad Iberoamericana, 1993.
- ²⁷ Jesús Antonio Bejarano, *Historia económica y desarrollo. La historiografía económica sobre los siglos XIX y XX en Colombia*, Santafé de Bogotá, Cerec, 1994, pp. 33-47; Adolfo Meisel Roca, "Un balance de los estudios sobre historia económica de Colombia, 1942-2005", en James Robinson y Miguel Urrutia (eds.), *Economía colombiana del siglo XX. Un análisis cuantitativo*, Bogotá, Fondo de Cultura económica/Banco de la República Colombia, 2007, pp. 585-602.
- ²⁸ J. Robinson y M. Urrutia (eds.), *op. cit.*, pp. 1-4.
- ²⁹ Algunos trabajos clásicos de esta perspectiva analítica son: Stanley L. Enferman y Kenneth L. Sokoloff, "Dotaciones de factores, instituciones y vías de crecimiento diferentes entre las economías del nuevo mundo. Una visión de historiadores de economía estadounidenses", en Stephen Haber (comp.), *Cómo se rezagó América Latina. Ensayos sobre las historias económicas de Brasil y México, 1800-1914*, México D.F., Fondo de Cultura Económica—El trimestre económico, 1999, pp. 305-357; Daron Acemoglu *et al.*, "Los orígenes coloniales del desarrollo comparativo: una investigación empírica", en *Revista de economía institucional*, Bogotá, Universidad del Rosario, Vol. 7, n. 7, 2005, pp. 17-67.
- ³⁰ Salomón Kalmanovitz y Enrique López, *La agricultura colombiana en el siglo XX*, Bogotá, Fondo de Cultura económica/Banco de la República de Colombia, 2006.
- ³¹ Álvaro Pachón y María Teresa Ramírez (eds.), *La infraestructura del transporte en Colombia durante el siglo XX*, Bogotá, Banco de la República/Fondo de Cultura Económica, 2006.
- ³² J. Robinson y M. Urrutia (eds.), *Economía colombiana del siglo XX. Un análisis cuantitativo*, *cit.*
- ³³ A. Meisel Roca y María Teresa Ramírez (eds.), *Economía colombiana del siglo XIX*, Bogotá, Banco de la República/Fondo de Cultura Económica, 2010.
- ³⁴ Salomón Kalmanovitz (ed.), *Nueva historia económica de Colombia*, Bogotá, Taurus/Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2010.
- ³⁵ S. Kalmanovitz, *La economía de la Nueva Granada*, Bogotá, Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2008, pp. 80-87.
- ³⁶ Douglas C. North, William Summerhill y Barry R. Weingast, "Orden, desorden y cambio económico: Latinoamérica Vs. Norte América", en *Revista instituciones y desarrollo*, ns. 12-13, pp. 9-59; Douglas C. North y Robert P. Thomas, *El nacimiento del mundo occidental: una nueva historia económica (900-1700)*, México D.F., Siglo XXI Editores, 1980, pp. 147-248.
- ³⁷ S. Kalmanovitz, *Las consecuencias económicas del proceso de independencia en Colombia*, Bogotá, Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2008, pp.10, 11; S. Kalmanovitz (ed.), *Nueva historia económica de Colombia*, *cit.* pp. 65-85.
- ³⁸ *Ibidem*, pp. 67- 68.
- ³⁹ *Ibidem*, p. 85.
- ⁴⁰ A. Meisel Roca, "¿Qué ganó y qué perdió la economía de la nueva granada con la independencia?", en *Cuadernos de historia económica y empresarial*, Cartagena, Banco de la República-Centro de Estudios Económicos Regionales, n. 27, 2010, pp. 4-5.
- ⁴¹ *Ibidem*, pp. 5-9.
- ⁴² *Ibidem*, pp. 9-15.
- ⁴³ William P. McGreevey, *Historia económica de Colombia, 1840-1930*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1982.
- ⁴⁴ José Antonio Ocampo, *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*, Bogotá, Siglo XXI Editores, 1984.
- ⁴⁵ S. Kalmanovitz, *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*, Bogotá, Siglo XXI Editores, 1985.
- ⁴⁶ Alexander Betancourt, *Historia y nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia*, Medellín, La Carreta Editores, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Coordinación de Ciencias Sociales y Humanas, 2007, p. 21.
- ⁴⁷ P. Pérez Herrero, *art. cit.*, p. 56.
- ⁴⁸ Jaime Rodríguez O., *La independencia de la América española*, México D. F., Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 1996, p. 13 (énfasis en el original).
- ⁴⁹ François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2001 (ed. orig. 1993), p. 13.
- ⁵⁰ P. Pérez Herrero, *art. cit.*, p. 53.
- ⁵¹ J. Rodríguez O., "La independencia de la América española: una reinterpretación", en *Historia mexicana*, México D.F., El Colegio de México, Vol. XLII, n. 3, 1993, p. 584.
- ⁵² G. Colmenares, "El papel de la historia regional en el análisis de las formaciones sociales", en *Ideología y Sociedad*, Bogotá, n. 12, 1972, pp. 75-81. Además, véase el comentario de Colmenares a la ponencia de Jaime Jaramillo Uribe, "Visión sintética de la tarea investigativa sobre la región antioqueña", en Moisés Melo y Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (eds.), *Memorias del simposio. Los estudios regionales en Colombia: El caso de Antioquia*, Medellín, Fondo Rotatorio de publicaciones Faes, 1982, pp. 16-19.
- ⁵³ Oscar Almario García, "Estudios regionales e historiografía en Colombia", en Oscar Almario García, *La invención del Suroccidente colombiano*, tomo I, *Historiografía de la gobernación de Popayán y el Gran Cauca, siglos XVIII y XIX*, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana/Concejo de Medellín/Corporación Instituto Colombiano de Estudios Estratégicos, 2005, pp. 28, 29.
- ⁵⁴ Los planteamientos de este párrafo están inspirados en el artículo de Jesús Antonio Bejarano, "El todo y las partes. A propósito de los vínculos entre historia nacional e historia regional", en Hernán Darío Correa (ed.), *Contra el caos de la desmemoriación*, Bogotá, PNUD/ PNR/Colcultura, 1990, pp. 199, 200-204.
- ⁵⁵ Antonio Annino, "Soberanías en lucha", en A. Annino y F.-X. Guerra (coord.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 154.
- ⁵⁶ F.-X. Guerra, *op. cit.*, p.15.
- ⁵⁷ Hermes Tovar, "La lenta ruptura con el pasado colonial (1810-1850)", en José A Ocampo (comp.), *Historia económica de Colombia*, Bogotá, Editorial Planeta Colombiana/Fedesarrollo, 2007, p. 101.
- ⁵⁸ G. Colmenares, "Castas, patrones de doblamiento y conflictos sociales en las Provincias del Cauca, 1810-1830", en G. Colmenares, Zamira Díaz de Zuluaga, José Escorcía y Francisco Zuluaga, *La independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986, pp. 137-180; Marta Herrera Ángel, *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes centrales neogranadinos. Siglo XVIII*, Bogotá, Instituto Colombiano de Historia/Academia Colombiana de Historia, 2002, pp. 203-305; Ann Twinam, *Mineros y comerciantes y labradores: las raíces del espíritu empresarial en Antioquia, 1763-1810*, Medellín, FAES-Biblioteca Colombiana de Ciencias Sociales, 1985.
- ⁵⁹ G. Colmenares, *art. cit.*, pp. 150-151.
- ⁶⁰ G. Colmenares, "El tránsito a sociedades campesina de dos sociedades esclavistas en la Nueva Granada. Cartagena y Popayán, 1780-1850", en *Huellas*, n. 29, 1990, pp. 17-18.